



SAN BERNARDO DE CLARAVAL

20 de Agosto

Autor: Jesús Marti Ballester

APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE LOS MONASTERIOS

En el año 540, Benito de Nursia, fundó la Orden de los Benedictinos. Ya en el siglo X, el duque Guillermo de Aquitania fundó en uno de sus dominios de Borgoña, el monasterio de Cluny que siguiendo la regla benedictina se convertirá en la casa madre de unas 1500 abadías. Guillermo el Piadoso, así llamado el duque de Aquitania, fundaba el monasterio "para la salvación de su alma", y la donaba a los Apóstoles Pedro y Pablo, pero la confiaba al abad Bernón, un borgoñón de familia noble que había fundado ya la abadía de Gigny, de donde era abad.

DESCENSO ESPIRITUAL

La acomodación a los distintos tiempos y a los políticas correspondientes, hicieron descender la espiritualidad de la Orden, originando la crisis por la

prosperidad del monacato cluniacense. No supieron leer los signos de los tiempos pues la sociedad y la Iglesia estaban cambiando y se esperaba una respuesta nueva. San Pedro Damiani criticaba en la liturgia cluniacense: "el sonido innecesario de las campanas, el canto prolongado de los himnos y el uso conspicuo de adornos". A los cluniacenses se les acusa de vivir como grandes señores, con excesiva influencia en los asuntos públicos y la excesiva acumulación de riquezas. Surge una contestación desde la propia institución: Roberto de Molesme saldrá del monasterio dando origen al Cister, en latín Cîteaux, la Cistercium romana, próxima a Dijon. Roberto de Molesme en 1098, abad del monasterio cluniacense de Molesme, con un grupo de monjes blancos, en contraposición a los negros de San Benito, dedicaron su vida al trabajo manual y a la contemplación, según el lema benedictino Ora et labora. Su sucesor, san Alberico, obtuvo del papa Pascual II, en 1100, el reconocimiento de la nueva orden; a la que el tercer abad, san Esteban Harding, en 1119, dotó de una regla propia.

EL CISTER

Roberto de Molesme nació en Champaña en 1028. Ingresó en el monasterio de Moutiers-la-Celle, de donde pasó al de Saint-Michael de Tonnerre, donde fue elegido abad. Pero en 1071, deseoso de mayor soledad se retiró con un grupo de hermanos a los bosques de Collan. Después de cuatro años de vida ascética decidió fundar con sus compañeros el monasterio de Molesme (1075), dando a la nueva comunidad unas normas inspiradas en las costumbres de Cluny. El grupo se vio sobrepasado por las nuevas vocaciones y perdió el control sobre la disciplina. Un conflicto surge en la comunidad entre los que querían una vida más estrictamente benedictina y los que pretendían la vuelta al estilo cluniacense. Una veintena de monjes con Roberto abandona el monasterio para fundar el 21 de marzo de 1098 un monasterio en Cîteaux, Cister, a veinte kilómetros al sur de Dijon. Los monjes de Molesme llevan el asunto a la Santa Sede. Roberto para el bien y la paz decide retornar a Molesme, donde continúa ejerciendo de abad hasta su muerte en 1111. Los cistercienses no aprobaron esta marcha y hoy en día no lo tienen como fundador y primer abad de la orden. El Cister fue aprobado por el Papa Pascual II en 1100.

BERNARDO DE FONTAINES

Ha terminado sus estudios en las escuelas canonicas de Chatillón. Esta dotado de cualidades espléndidas: tiene inteligencia aguda y penetrante, elegancia de discurso, carácter dulce, rectitud natural de alma, bondad apacible de corazón y conversación agradable y encantadora. Era algo reservado, y de una modestia rayando en la timidez y maravillosamente meditativo. Con una belleza, viril y dulce que atraía todas las miradas; estatura alta y flexible, cabellera castaño claro: Sus ojos grandes y azules eran como un reverbero de su belleza interior. ¿Se dejará Bernardo deslumbrar por este conjunto maravilloso de cualidades?. A los veinte años muere su madre, la bondadosa y admirable Alicia, que le había enseñado a amar a la Virgen y a practicar la virtud. Jóvenes mundanos frecuentaban su castillo de Fontaines; amado, admirado y dueño de todos sus deseos, se dejó arrastrar

insensiblemente a los frívolos pasatiempos, a las danzas, a los torneos y a las cazas clamorosas. Admirador de Horacio y Virgilio, empezó a sentir aficiones poéticas, y escribe poemas románticos, que lee a sus amigos y dedica a las damas.

REFLEXIVO

Se dio cuenta, con su temperamento reflexivo, que debía escoger entre la virtud o el placer. ¿Qué quiere de mí Dios? Sus pensamientos se hicieron más serios, y no llegó a sentir verdadera repugnancia por todo aquello que empezaba a amar. Un día la vista de una mujer le llenó de turbación. No pudiendo ni con increíbles esfuerzos reprimir los estímulos de la carne, se arrojó en un estanque, y decidió consagrarse a Dios en un monasterio, pero las lágrimas de sus hermanos le hicieron desistir. Pues la menos dejadme tomar la carrera clerical y dedicarse a las letras. Una mañana de otoño, salió de su castillo borgoñón hacia el Norte, en busca de una escuela alemana. La noche del primer día de marcha, sintió una calma infinita que le invadía el alma. En su alma se entabló un combate y entró en una ermita para orar y pedir luz en aquel trance. La oración le llenó de fortaleza y la crisis se resolvió en un torrente de lágrimas, en una resolución inquebrantable de abandonar el mundo.

SU DECISION DE ENTRAR EN EL CISTER

Ha resuelto entrar en Cister, pero quiere llevarse consigo a todos los nobles de su tierra de Borgoña. "Esto es una locura", dicen sus hermanos, asustados por aquella impetuosidad; pero por fin se contagian, y tras ellos, sus amigos, sus parientes y sus servidores; clérigos, estudiantes y caballeros. Para esto tenía que contar con su hermano mayor Guido, que había sido desde siempre el modelo de todos sus hermanos. Lo que hacía él lo querían hacer todos. Pero Guido ya estaba casado y tenía dos hijas. Es la primera dolorosa conquista en la que demuestra trazos proféticos y fe y confianza milagrosa. Guido se entregaría, pero, ¿e Isabel de Fores? Por pascua te verás libre del "hasta que la muerte os separe", que es el argumento formidable que opone Isabel. Cae en la cama Isabel y concede el permiso y se separan.

En la primavera de 1112, Bernardo, acompañado de treinta jóvenes, llama a las puertas del Císter. Como No puede con los trabajos agrarios, pide a Dios con lágrimas, que le de el arte de cortar el trigo. Desde este momento se convirtió en uno de los mejores segadores del monasterio. Después del trabajo, la lectura de los Libros Santos y de los Santos Padres. **"Las cosas gustadas en su fuente -decía- tienen más sabor."** Leía meditando, realizando la rumia de los salmos. En el silencio del valle, repasaba en su corazón los textos que había recogido en los libros, y a este trabajo interior aludía cuando decía que sus maestros eran las hayas y las encinas. Aunque la mortificación de los sentidos le había hecho casi insensible a las magnificencias del universo. Las imágenes vivas y pintorescas que aparecen de cuando en cuando en sus escritos, proceden de la Biblia o de sus impresiones juveniles.



DEL CISTER A CLARAVAL

En 1113 ingresa como novicio Bernardo de Fontaine en unión de un grupo de familiares y amigos. Cuando dos años después el abad Esteban decide expandir el ámbito monástico con nuevas fundaciones, erigiendo La Ferté, Pontigny, Morimond y Clairvaux, Claraval, Champaña, envió a Bernardo y sus allegados, en parte por sus cualidades y en gran parte también para librar a Cîteaux de la excesiva presencia del “clan” de los Fontaine.

San Bernardo de Claraval dio un impulso considerable al crecimiento de la orden cisterciense que en 1153, tan solo 38 años después de que fundase la abadía, contaba con 343 monasterios, de los que 68 se habían creado por irradiación de los monjes de Claraval. Estos monasterios se solían asentar sobre terrenos yermos pero con abundancia de agua que los propios monjes roturaban y cultivaban. Si durante el siglo XI los monjes cluniacenses habían asumido un gran protagonismo dentro de la iglesia, ocupando sus más altos cargos y dignidades y ejerciendo su influencia sobre el poder civil, en el siglo XII ese papel lo desempeñaron los cistercienses que elevaron la orden a la mayor prosperidad y expansión de su historia. La primitiva austeridad y humildad se fue perdiendo en beneficio de un cada vez mayor esplendor y boato en la forma de vida y en la grandiosidad de sus abadías. Se hacía necesaria una nueva reforma que llevó a cabo el abad de Fontfroide en 1335 pero que no contó con el apoyo de otros priores. Por fin, en 1664, el abad del monasterio de Nuestra Señora de la Trapa, Armand Jean le Bouthillier de Rancé, efectuó en su monasterio una renovación en profundidad de la que resultó una rama autónoma del Císter, la Orden de la Trapa o trapenses, en la

que se santificó el Hermano Rafael Arnaiz Baró, beatificado por Juan Pablo II

RENOVACION CON SANGRE NUEVA

Con la llegada de Bernardo, el Císter, que estaba a punto de extinguirse, recobró nueva vida, hasta el punto de enjambrar nuevas colonias. Al frente de una de ellas fue colocado Bernardo, a sus veinticinco años. El abad Esteban puso en sus manos una cruz de madera, y los emigrantes, trece con el abad, salieron en busca de su nuevo monasterio. Después de caminar dos días llegaron a Langres, y penetraron en el Valle del Ajenjo. El sol lo llenaba de claridad, y un riachuelo discurría en profundo silencio. Allí se detuvieron y allí se estableció Claraval, o Claro Valle. Era el 25 de junio de 1115. En un mes prepararon el monasterio sencillo, la capilla sin adornos, cruces de palo y techos de ramaje, el refectorio y arriba el dormitorio, con los lechos tirados. A la entrada se abría la celda del abad, estrecha y baja que había de inclinar la cabeza para no darse en el techo. Un saliente de la pared era el único asiento que había, y un agujero informe iluminaba la habitación. Allí vivió cerca de cuarenta años, el hombre más grande del siglo. Se organizó la vida con todo el rigor de la pobreza cisterciense. Ni leche, ni pesca y huevos. Al principio, un puñado de bellotas se consideraba un gran regalo. El día de Pascua no había más que habas y guisantes, preparados con aceite y sal. "Si supieseis las obligaciones del monje -decía el abad-, regaríais con lágrimas cada bocado que coméis. Estamos en el claustro para llorar nuestros pecados y los del pueblo."

ENFERMEDAD

Su estómago empezó a rehusar todo alimento, y ha sido preciso que el abad del Císter le descargue por un año de las ocupaciones abaciales. Por orden superior, Bernardo se encerró con un médico, un vanidoso charlatán, en una celda aparte de la abadía, y allí fue a visitarle Guillermo de Saint Tierry, que describe la entrevista: "Le encontré en su celda solitaria. Confieso que aquella morada me inspiró tanto como si me hubiera acercado al altar del Señor. Recibí alegría, y al preguntarle por su salud; "Voy muy bien, dijo; pero el médico le trató muy mal y el enfermo obedecía pues todo le parecía bueno por su costumbre de desdeñar los gustos del paladar, que le había hecho insensible a todo gusto.

REGRESA EL ABAD

Al año el abad volvía a ocupar su puesto al frente de la comunidad, y la gloria de Claraval amenazaba eclipsar la del Cister. Los doce monjes eran ahora quinientos, nuevas fundaciones nacían sin cesar hacia todas las naciones del mundo cristiano. Siempre que Bernardo salía de casa, volvía acompañado de una turba de conversos, clérigos y legos, gentilhombres y letrados, la aristocracia de la sangre y del talento, a la cual él enseñaba a manejar la hoz y la pala. Su palabra ejercía una especie de sortilegio sobre los espíritus. A un maestro de aquel tiempo, Enrique de Murbach, escribía: "Tú explicas, hermano mío, los Profetas; pero ¿estás seguro de que los entiendes? Si los comprendieses, sentirías que Cristo es el objeto de sus profetas, y si quieres comprender a Cristo, lo conseguirás mejor siguiéndole que leyéndole. ¡Si

gustases una vez el famoso candel de que Jerusalén se alimenta, de qué buena gana dejarías que royesen sus mendrugos los literatos judíos! ¡Con qué placer te ofrecería yo los panes calientes, humeantes, recién salidos del horno, que Cristo parte a los pobres de su redil! Créeme: encontrarás algo más en los bosques que en los libros; las piedras y los troncos te enseñarán cosas que no has aprendido en los maestros."



CAZADOR DE ALMAS

Nadie podía resistir ante aquel terrible cazador de almas, que en el oro y en la plata "sólo veía un poco de tierra blanca y roja, a la cual, únicamente el error de los hombres podía dar algún valor", se estremecía de indignación ante hombres que dudaban en sacrificar sus riquezas, "cuya posesión –decía- es una carga, cuyo amor es una mancha, cuya pérdida es un sufrimiento cruel". Hasta en el patíbulo y en casas de perdición encontraba discípulos y seguidores. Entrando en una ciudad, vio que una inmensa multitud acompañaba a un bandido hasta la horca. Lleno de compasión, cogió la cuerda con que arrastraban al desgraciado, y dijo a los verdugos: "Dejadme este asesino; quiero colgarle con mis propias manos." Alarmado el juez, dijo: "¿Qué es eso, venerable Padre? ¿Vais a libertar un hombre que merece mil muertes?" "Déjame-respondió Bernardo-. Ya sé que este hombre es digno de un gran castigo pero yo mismo le clavaré en la cruz, y le haré permanecer ella años enteros." Y se le llevó consigo a Claraval. Pasando junto a una taberna y viendo a la puerta a un jugador empedernido, se ofreció a jugar con él. "¿Y qué va a jugar?", preguntó el tahúr. "Tú -respondió Bernardo -jugarás tu alma: yo, mi mula." El hombre hizo saltar los dados, sacó el máximo de puntos;

dieciocho. "He ganado", exclamó. "Aguarda, hermano", replicó el abad agitando el bote. Y habiendo tirado a su vez, sacó veinte puntos. Uno de los dados se había roto para dar dos puntos más. "He ganado tu alma, dijo el monje a su adversario, y se le llevó consigo a Claraval.

FORJADOR DE MONJES

Amasar aquellas conciencias, aguerrirlas con el amor y para el amor, conseguir que comprendieran el amor y que lo vivieran. El amor que les dulcificaba el trabajo, la oración perenne, la suavidad de la vida comunitaria, tan ardua ella entre distintas culturas de toda especie y que perseveraran en el empeño, ese es el mérito supremo que apreciamos en Bernardo, por encima de la pacificación de pueblos, de siembra de paz entre príncipes y magnates, de refutación de herejías, de luchas doctrinales, de renunciadas de papas, esa, la reforma de las personas, la pacificación de las conciencias, la vida de unión con Jesucristo, su hacerles alzar los ojos al crucificado y al tabernáculo de la Eucaristía, el enamoramiento de Jesucristo. Esa es la gran misión de Bernardo y de ahí provinieron los resultados de la cristianización de Europa, que ahora se quiere olvidar y hasta renegar de sus raíces que son y fueron tales.

A LOS ESTUDIANTES DE PARÍS

Su discurso a los estudiantes de París pronunciado a instancias del obispo en el claustro de la catedral tuvo toda la violencia del relámpago. "Hijos míos - decía-, ¿quién os enseñará a huir la ira venidera? ¡Ay de vosotros, que tenéis las llaves de la ciencia y del poder, ni entráis ni dejáis entrar a los otros! Son llaves que habéis robado, no recibido. ¿De dónde viene esa locura de las grandezas, esa imprudencia de la ambición, ese amor desenfrenado de las prelacías?... Tened piedad de vuestras almas, hermanos; tened piedad de la sangre que ha sido derramada por vosotros. Vuestra castidad pelagra en medio de las delicias; vuestra humildad se muere en medio de las riquezas. Salid del seno de Babilonia, salid y salvad vuestras almas." Cuando el orador terminó de hablar, veinte jóvenes se echaron ofrecieron a seguirle, y con ellos se fue aquella misma tarde a la abadía San Dionisio. Al día siguiente, cuando se dirigían a Claraval, dijo Bernardo: "Volvamos a París," Y al entrar en la ciudad encontró cinco estudiantes más. "Ahora partamos -dijo a los suyos-; el número está completo." Pero ni la Orden cisterciense, que extiende ya sus brazos hasta los confines de la cristiandad, ni todas las órdenes monásticas que trabajan junto a ella, pueden agotar el celo impetuoso del abad de Claraval. Bernardo tiene todas las intemperancias sagradas de un apóstol; es el apóstol más grande e su siglo.

LA REFORMA DEL CLERO

Después de trabajar en la reforma monástica, se lanza a la obra de la reforma clerical. Abades y obispos se someten al ascendiente de su virtud y siguen sus inspiraciones. Su apostolado es casi agresivo, incluso cuando se dirige al rey y al pontífice. Escribiendo al rey de Francia, Luís el Craso, le decía; "La Iglesia levanta contra vos, a la presencia de su Dueño y Señor, una queja desesperada, porque encuentra un opresor en aquel que debiera ser su defensor. Considerad bien quién es Aquel a quien ofendéis; no es un hombre,

no es un obispo; es el Señor del Cielo". Y al pontífice Honorio II, engañado por la diplomacia francesa, le decía: "El honor de la Iglesia ha sido gravemente comprometido bajo vuestro pontificado. La humildad de los obispos estaba a punto de triunfar de la cólera del rey, cuando la autoridad suprema vino a renovar el orgullo. Sabemos que habéis sido víctima de la mentira, pero lo que nos extraña es que, juzgando a una parte, hayáis condenado a la otra sin escucharla. Somos el escarnio de nuestros vecinos. ¿Y hasta cuándo durará esto? A vuestra piedad compasiva toca dar la respuesta." No olvidaba Bernardo que su primera obligación era salvar su alma. Tratábala con tal respeto, "como si llevase una gota de la sangre de Cristo en un vaso de cristal". La vista del mundo le estremece, y su celo le obliga a trabajar en él. Ama la soledad, y el amor del prójimo le arrastra fuera de ella.

Se queja de ser "un pobre pajarillo desterrado en su nido y sin plumas todavía". Cuando le crecen las alas y vuela a través del mundo con la rapidez del rayo, tiembla pensando que traiciona su vocación. Se ve como un enigma cuyo sentido no sabe descifrar, y exclama: "Soy la quimera de mi siglo; ni monje, ni laico. Y de monje, ¿qué me queda? Llevo el hábito, pero no tengo la realidad." Era el lenguaje de la verdad. Es verdad que su vida se desarrollaba en los caminos y en las ciudades, en las cortes y en los concilios, tanto como en el monasterio; pero, sin él darse cuenta, una fuerza superior le arrastraba, Y decía: "Los negocios de Dios son mis negocios; nada de cuanto le atañe es extraño para mí." Guiado por este pensamiento, sale de Claraval; pasa el Rhín, recorre las provincias de Francia, llega una y otra vez a Roma, lucha, discute, escribe y predica.

AMENAZAS A LA IGLESIA

Tres graves peligros amenazan a la Iglesia en su tiempo el cisma, la herejía y el islamismo. A los tres hace frente la actividad del abad de Claraval. A su voz, doscientos mil hombres pasan los mares dispuestos a detener los avances del Islam en Palestina. Fue la segunda cruzada; desastrosa, porque no hubo un capitán digno de tal misionero. Más afortunado fue Bernardo en su campaña contra el cisma. Levanta la voz en favor de Inocencio II, y la cristiandad le sigue. Triunfa en las asambleas episcopales, y, donde aparece, todo el mundo queda eclipsado por su presencia. El esfuerzo es largo y penoso, pero un triunfo completo le corona: el mismo antipapa viene a arrojarse a sus pies; y cuando sale de Roma después de siete años de trabajo, puede exclamar satisfecho: "Llevo conmigo la recompensa: es la victoria de Cristo, la paz de la Iglesia." Poco después los herejes y los sofistas vienen a turbar esa paz tan deseada. Es Abelardo, con su conceptualismo metafísico; es Arnaldo de Brescia, con sus doctrinas demagógicas y anarquizantes; es Pedro de Bruya, con su maniqueísmo caótico y revolucionario; es el obispo Gilberto de la Porrée, con sus distinciones sutiles de Dios y de la Divinidad, forma de Dios. Desde el primer momento ha comprendido Bernardo el peligro que corre al enfrentarse con estos hombres avezados a todas las argucias de la dialéctica. El no es un hombre de escuela. "¿Qué me importa la filosofía? Mis maestros son los Apóstoles; ellos no me han enseñado a leer a Platón o a Aristóteles, sino a vivir bien..." Sin embargo, nada puede detener el empuje de su fe. Sin pensar en que podía ser aniquilado a causa de su inexperiencia en los torneos

dialécticos, sale fogoso en defensa de la Iglesia ame-nazada. Y arroja a Arnaldo de Francia y Suiza, confunde a Abelardo en la asamblea de Sens, consigue en Reims de Gil-berto una retractación formal, y persigue a los maniqueos a través de toda la Aquitania. "Yo soy el sembrador del Evangelio, decía en Albi, ante una inmensa muchedumbre; y he encontrado vuestro campo lleno de malas semillas." En medio del discurso, el orador y la concurrencia empezaron a dialogar. "Elegid la semilla que os pide vuestra conciencia", decía el orador; y sus palabras fueron contestadas por un murmullo de reprobación contra el error petrobrusiano. "Convertíos, pues, añadió el abad; entrad en la unidad los que estabais manchados, y para que crea en vuestra sinceridad, levantad la mano los que renunciáis al error." Todos, dice el cronista, levantaron la mano, y así terminó aquella escena sublime.

MAS QUE LOGICA INTUICION

A pesar de su desdén por las armas de la lógica, Bernardo manifestó en aquella lucha una maravillosa habilidad. La metafísica no tiene secretos para él, pero es la intuición la que le guía, más que el arte del raciocinio. Una palabra, una frase, le bastan para descubrir la verdad con todo su esplendor. La re-sistencia inesperada le exaspera, y entonces el hombre de la dulzura se convierte en un polemista terrible, derramando su cólera en vehementes invectivas y en expresiones violentas que hacen temblar. No eran el odio ni el orgullo quienes le guía-ban, sino la viveza de su temperamento y su amor apasionado de la verdad. Sus violencias no partían del fondo del corazón; sus iras eran iras sin hiel. Una bondad fundamental inspiraba su conducta. Se dijo de él que nunca asistió a un entierro, aunque fuese de una persona extraña, sin llorar. Los herejes, los judíos, los mismos mahometanos encuentran gracia a sus ojos, con tal de que no ataquen a la Iglesia, esposa de Cristo, a quien adora. No admite más arma contra ellos que la espada de la palabra de Dios. "Reducid a los herejes con argumentos, no con la fuerza", decía a los que pensaban en hogueras y matanzas: y cuando en 1146 el pueblo estuvo a punto de hacer desaparecer en las orillas del Rhín hasta el último resto de la raza judía, sólo en él encontraron los perseguidos una defensa segura.

SU CORAZON

La mayor parte de los adversarios a quienes sus golpes echaban por tierra, se levantaban luego para abrazarle, y todos los arrepentidos estaban seguros de hallar un puesto en su corazón. Suya es aquella frase: "Si la misericordia fuese un pecado, yo le cometería." Pocos hombres han amado con tan profunda ternura. En sus cartas encontramos efusiones como éstas "¡Desgraciado de mí, que no puedo tenerte a mi lado, ni verte, ni puedo vivir sin ti! Morir por tí es mi vida; vivir sin tí es morir.", decía a un monje discípulo suyo. Cuanto más avanza en la vida, más violencia se hace para contener los ímpetus de su ternura, pero a veces la naturaleza le traiciona. Así, cuando se le murió su hermano Gerardo, mayordomo del monasterio de Claraval, queriendo ahogar su tristeza en el fondo de su alma, Bernardo no lloró, ni exhaló una sola queja. Pero un día, mientras comentaba a sus monjes el Cantar de los Cantares, una ola de amargura subió a su garganta. No pudo contenerse y prorrumpió en el

fúnebre lamento de la muerte de su hermano, una de las más bellas páginas de la Edad Media: "¿Hasta cuándo disimularé y detendré este fuego que abrasa mi pecho y devora mis entrañas prisionero dentro de mí, circula a través de mis venas, me muerde, me martiriza. ¿Cómo hablar del Cántico en medio de la tristeza? Hasta ahora me he hecho violencia, me he contenido para que la sensibilidad no pareciese en mí más fuerte fe. Vosotros lo sabéis: mientras todo el mundo lloraba, yo en el cortejo sin derramar una lágrima; y secos estaban mis ojos, cuando arrojé un poco de tierra sobre el cuerpo de mi amado, que se volvía a la tierra. Sollozaban en torno mío, y se extrañaban que no llorase yo. No era él, era yo, quien despertaba la compasión de todos..."

CARÁCTER DE CONTRASTES

Bernardo es el hombre de los grandes contrastes: es dulce y violento; doctor melífluo y luchador terrible; es todo palabras y todo silencio; es todo ojos y oídos para atalayar el error, y no sabe si la iglesia del Císter tiene una cubierta de bóveda plana. Lleva al mismo tiempo una vida monástica, política, apostólica y contemplativa. Es el mayor místico y al mismo tiempo el hombre más activo de su siglo. El paladín de la enorme y complicada historia en la cual palpita toda la inquietud de su siglo; es el hombre interior, profundo, recogido y absorto, que comenta el Cantar de los Cantares; el psicólogo que traza un programa de gobierno a los pastores en el tratado de la Consideración; el piadoso predicador de homilias y sermonea; el teólogo profundo de los libros *Del amor de Dios* y *De la gracia* y el libre albedrío. Si vuelve del éxtasis, su pluma es una tea; si se encuentra en el campo de batalla, una espada. No escribe por deleite literario; escribe por obligación. Habla de lo que pide el momento, de lo que más urge. Un rey, un obispo, un conde, una monja, una persona cualquiera le pide un consejo: San Bernardo ase la pluma sin titubear. Se levanta un error en el horizonte: San Bernardo lanza un tratado de teología. Como desdeña la dialéctica, desdeña el arte, y como el arte, la retórica. No le preocupan las gracias del estilo, y sin embargo, logra formarse un estilo propio y magnífico, que se parece a la primitiva iglesia cisterciense. Es preciso, claro, sobrio, incisivo, substancial. Enemigo de figuras en el arte religioso, Bernardo lleva también su aversión al lenguaje. Sólo algunas imágenes bíblicas sólo el colorido que nace de una fina sensibilidad y el fuego del alma. Es vehemente y conciso; tiene en alto grado el poder de la ironía y del retrato, juntamente con el don de observación. Su *Tratado de los doce grados de la humildad y del orgullo* es uno de los análisis más maravillosos de la psicología humana. Abusa, como San Agustín, de los juegos de palabras, de las antítesis y de las rimas; pero en la llama del lenguaje, en la fuerza de convicción y en la elevación de las ideas, pocos se le pueden comparar. "Último de los Padres - dice Mabillon-, es tan grande como los más grandes de ellos."

MENOS PROFUNDO QUE SAN JUAN DE LA CRUZ

Como místico es menos profundo y menos metódico que San Juan de la Cruz; pero es más expansivo, más radiante, más tierno. Nadie ha cantado con más audacia ni más delicadeza que Bernardo en los ochenta y seis sermones sobre el Cantar de los Cantares las dulzuras misteriosas del amor divino "cuando entre el alma y Dios todo es común, la casa, la mesa y el lecho". Pero

hay que correr mucho camino antes de llegar a este grado supremo. Bernardo nos dice que él ha pasado también por este aprendizaje, y confiesa avergonzado que a veces el recuerdo de un ser querido le llevaba a Dios con más eficacia que la contemplación de los misterios de la vida de Cristo. Pero esto era al principio de su conversión.

ENAMORADO DE CRISTO

La mi meditación del misterio de la Encarnación le arrancaba siempre un río de lágrimas. Gustábale rumiar interiormente todos los actos de la vida del Hombre-Dios; y él, tan sobrio en el empleo de las imágenes de la naturaleza, encontraba entonces para expresar su pensamiento, las imágenes más delicadas. La unión del Verbo con la humanidad se presenta a su espíritu en forma de un lirio purísimo, cuya nívea corola forma un cáliz gracioso, una corona, símbolo de la naturaleza humana, con finos y dorados pistilos, que le recuerdan los rayos de la divinidad. "¡Oh pequeño-exclamaba delante del divino Emmanuel-, oh amado de los pequeñuelos!" No era menor el hechizo con que le atraían los dolores de la Pasión. "Al principio mi conversión -decía-, a falta de méritos propios, tuve cuidado de recoger un ramillete de mirra y de colocarlo junto a mi corazón. En él mezclé todos los dolores, todas las amarguras de Nuestro Señor, sin olvidar la mirra que le dieron en la cruz, ni aquella con que le ungieron en su sepultura. Mientras viva saborearé el recuerdo, cuyo perfume ha inundado mi ser. El me sostiene en la contradicción y me modera en la prosperidad. Por eso siempre le tengo en la boca, bien lo sabéis; siempre en el corazón, Dios lo sabe; y con frecuencia, en la pluma, nadie lo ignora. Saber a Jesús crucificado, esa es mi filosofía." Así llegó Bernardo a las claras cimas del amor, a las regiones aquellas donde, como él dice, las imágenes de los sentidos se desvanecen, donde el sentimiento natural se olvida, donde no se temen los asaltos de la lujuria y del orgullo, porque en vano se tienden los lazos ante los pies de los que tienen alas. "Yo amo porque amo -cantaba-; amo por amar, y el amor es mi propia recompensa."

JESÚS MARTI BALLESTER

www.jmarti.ciberia.es

jmarti@ciberia.es

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

www.caminando-con-jesus.org

p.s.donoso@vtr.net

